

No podía vivir sin ocuparse en las obras de Dios; por eso tenía horror á los pasatiempos inútiles y profanos, inspirándole profundo disgusto las novelas. Decía de los lectores que no se satisfacen con las obras serias, que son *grandes disipados, vacíos de virtud, enteramente alejados de Dios*. En los últimos años de su vida, cuando apenas podía salir de su cuarto, cuando, para distraerle algo sus hijos, le decían alguna broma, ó le contaban alguna novedad, les contestaba al punto: «Déjense de niñerías, y hablen como lo exige el estado perfecto de la Religión». Si hablaban en voz baja, hacía como que se dormía. Antes de sus enfermedades, cuando aun comía con todos, estaba en recreación con sus hermanos durante una hora, según la costumbre, y todo el tiempo hablaba de las cosas de Dios, de la lectura que acababan de oír en la mesa, y de los medios de hacer que prosperase el Instituto. Cuando hablaba de Dios, levantaba los ojos al cielo con el mayor desprecio de las cosas de la tierra. Por eso no se le podía oír sin sentirse conmovido, sobre todo, cuando hablaba de las misericordias infinitas de Dios y de su inconcebible bondad. Pero su objeto favorito era la amabilidad de Dios, á ella iba á parar siempre, como declaró D. Appio Conti, de los Duques de Poli, uno de los primeros testigos oídos en el Proceso.

De todo esto, y hemos procurado reducir mucho las declaraciones, resulta que había llegado San José al más perfecto grado de amor, al amor de unión, como lo hace ver Santo Tomás. La boca habla siempre de la abundancia del corazón, (1) y José no hablaba más que de Dios. Si se entraba de improviso en su celda, se le hallaba siempre absorto en Dios, no siendo sus palabras sino manifestación de los pensamientos que le ocupaban en aquel instante. Podía decirse de él. «El alma está más donde ama que donde vive». (2) Era sabio, y podía hablar de sus múltiples conocimientos. Poníanle á veces en el terreno; era inútil, volvía siempre á las cosas de Dios, pudiendo decir como San Pablo: «Nuestra conversación es en el cielo.» (3) ¿Se veía obligado á salir? ¿iba á hacer la vista de las Iglesias? nada había que le distrajera en aquella magnífica y populosa ciudad. Siempre absorto en Dios, parecía que iba á caer, lo que sucedió no pocas veces: en la mesa veíasele más bien extasiado, que tomando el alimento necesario al cuerpo. Si al salir de comer, le hubieran preguntado qué había comido, ó qué gusto tenía la comida, se hubiera visto en no pequeña dificultad para contestar. Afirman gran número de declarantes que con frecuencia aparecía iluminado su rostro, sobre todo, cuando lo inundaba de lágrimas el amor. «Las lágrimas, dice San Agustín, son señal del fuego espiritual que ilumina las profundidades del alma».

(1) *Ex abundantia cordis os loquitur.* San Mateo XII, 34.

(2) *Anima magis est ubi amat, quam ubi animat.*

(3) *Nostra conversatio in cælis est.* (Filipenses III, 20.)





V. GLICERIO LANDRIANI DE CRISTO.

AMABA Y VENERABA NUESTRA OBRA CUANDO VIVÍA EN EL MUNDO

Aquel brillo que aparecía con frecuencia en su semblante, especialmente cuando estaba esperando con toda tranquilidad su suerte en las salas de la Inquisición, era efecto del amor de su alma á Dios, que se dignó en otro tiempo descender sobre los hombres en lenguas de fuego. Con frecuencia vuelven á lo mismo los testigos del proceso. «Ante el Santísimo Sacramento »aparecía como abrasado Serafin, y cuando hablaba de Dios, »los que le oían, veían con frecuencia que se sucedían en su »semblante los resplandores... En la oración, dicen otros testi- »gos, brillaba á veces su rostro como el sol».

En fin, la unión más perfecta es la de la voluntad, que consiste en no querer sino lo que Dios quiere, y esto es lo que constituye la amistad con Dios que no puede perecer, como escribe San Agustín. La vida entera de San José se divide en dos épocas; en la primera, no ha buscado más que una sola cosa, *conocer la voluntad de Dios*; y en la segunda hasta su muerte, *cumplir en medio de tantos dolores la santa voluntad de Dios*. Por eso, en todas las ocasiones pronunciaban sus labios estas palabras: «Dejemos obrar á Dios, cumplamos su santísima voluntad.» No eran para él simple teoría, ó simple doctrina, como pueden tenerla todos los contemplativos; recordemos todos los hechos de su vida; las decía en medio de la más activa persecución, cuando era destruida su Orden, cuando se sentía agobiado por los dolores de su alma y los padecimientos de su cuerpo, abandonado de todos, y consumido por la vejez y los trabajos. ¿Quién no le hubiera dispensado los actos de impaciencia, los sentimientos de amargura y las quejas que arranca la desgracia? Y sin embargo, afirman con juramento sus confidentes más íntimos, y sus mas amantes hijos que jamás aparecieron en él aquellos tan excusables sentimientos, reprendiéndolos siempre en los demás, y contentándose con repetir invariablemente: «Dejemos obrar á Dios, cumplamos su santa voluntad». Es el compendio de toda su vida desde que quiso ser Sacerdote, hasta su último suspiro. Compréndese, cómo, comparándole sus contemporáneos con el Santo Patriarca, le llamaron EL JOB DEL NUEVO TESTAMENTO, y no precisamente por haber sufrido acaso tanto como él, sino, sobre todo, por haberle imitado en la absoluta conformidad con la voluntad divina (1). ¿Qué más diremos? no quería que se quejasen de los Santos que parecían sordos á sus oraciones en lo mas amargo de los desastres. Escribe el P. Berro que le acompañaba y ayudaba en aquel tiempo: «Un día, le »dije: Padre, he ido á la Iglesia, y me he quejado amargamente »á nuestro Venerable Padre Landriani, que es tan feliz en el »cielo, y nos deja á V. P. y á todos nosotros, sus Hermanos, en »tan grandes amarguras. Amaba y veneraba nuestra Obra, »cuando vivía en el mundo, y ahora nos ha olvidado á todos.

(1) *Sicut Domino placuit ita factum est. Sit nomen Domini benedictum.* (Job, I, 27).



»Le he dirigido las más vivas quejas. El santo anciano me respondió: Ha hecho muy mal V. R., y me desagrada mucho su conducta. Viendo los Bienaventurados en el cielo la voluntad de Dios, son felices y están satisfechos. Si quiere su Divina Majestad que vivamos todo el tiempo sufriendo, ¿por qué no hemos de estar contentos como ellos? Hay que reconocer el favor que nos dispensa al querer que estemos en la Cruz como su Hijo. Ha hecho muy mal V. R. en quejarse y no debiera haber obrado de esa manera».

Llegado á tal punto de perfección, parece que, tan unido con Dios San José, no debiera haber tenido más que un solo deseo en este mundo, entregarse por completo á la contemplación. Pero, como enseña Santo Tomás, aunque la vida contemplativa es muy superior á la vida activa, la perfección se halla en la unión de las dos vidas. (1) Nuestro Santo lo había comprendido bien, y gracias á la división que había hecho del tiempo, nos preguntamos, ¿cuál de estas dos vidas dominó en él? Trabajador infatigable en su vida de estudiante, empleado por su Obispo en los ministerios más laboriosos, ocupado en Roma en todos los empleos de gran número de Cofradías, teólogo del Cardenal Colonna, Padre espiritual de su sobrino y de toda su casa, visitador asiduo de los pobres, de los enfermos y de los presos, en fin, Fundador de una Orden considerable cuyas laboriosas peripecias hemos visto; parece que domina en él la vida activa, y no deja lugar á la contemplativa que exige tanta paz, tanta tranquilidad y tanto recogimiento. Y sin embargo, era tal su amor de Dios, que parece ser su estado dominante la vida unitiva. Su celo por el bien del prójimo, y sobre todo, por la juventud, no fueron efecto del carácter, del ardor, de la imaginación, sino consecuencia sólo de su amor de Dios. Por eso no le distraía ninguna ocupación, pudiendo decir como el Profeta. «Mi alma está siempre entre mis manos, sin que jamás se turbe». (2)

(1) *Opus vitae activae est duplex; unum quidem quod ex plenitudine contemplationis derivatur, sicut doctrina et praedicatio. Unde et Gregorius dicit (sup. Ezech. hom. 3) quod de perfectis viris post contemplationem suam redeuntibus dicitur (Ps. 147) memoriam suavitatis tuae eructabunt. Et haec praefertur simplici contemplationi. Sicut enim majus est illuminare quam lucere solum, ita majus est contemplata aliis tradere quam solum contemplari. Aliud autem opus est activae vitae quod totaliter consistit in occupatione exteriori, sicut eleemosynas dare, hospites recipere, et alia hujusmodi, quae sunt minora operibus contemplationis, nisi forte in casu necessitatis. Sic ergo summum gradum in religionibus tenent quae ordinantur ad docendum et praedicandum, quae et propinquissimae sunt perfectioni Episcoporum, sicut et in aliis rebus, fines primorum conjunguntur principiis secundorum (ut Dionysius dicit cap. 7. de num. div.) Secundum autem gradum tenent, illa quae ordinantur ad contemplationem. Tertius est earum quae occupantur circa exteriores actiones.*

(2) *Anima mea in manibus meis semper (Ps. CXVIII, 109) Providebam Dominum in conspectu meo semper, quoniam a dextris est mihi, ne commovear. (Ps. XV, 8.)*

### Amor al prójimo

Toda la ley de Jesucristo está comprendida en estas pocas palabras: «Amarás á tu Dios con todo tu corazón y á tu prójimo como á tí mismo». (1) La lectura de esta vida prueba superabundantemente cómo cumplió José esta ley. Para evitar repeticiones, no daremos un resumen de todas sus obras de caridad, contentándonos con referir algunos hechos nuevos que hubieran interrumpido la marcha de nuestra historia.

Declara en estos términos un testigo: «No tenía límites su caridad para con los pobres, pero sobre todo para con los pobres vergonzantes, y para con los sacerdotes pobres que no podían pedir limosna. Por un lado reunía gran número de limosnas de misas, buscando después sacerdotes ricos que quisieran decirlas gratuitamente, distribuyendo las limosnas entre los sacerdotes pobres. Cada semana repartía sobre ciento ochenta grandes panes que sus Religiosos recogían de limosna en la ciudad, dando tres ó cuatro cada día á las familias más necesitadas. Cuando descubría alguna familia noble reducida á la indigencia se conmovía profundamente, y le proporcionaba pan, vino, aceite y las cosas necesarias. Nadie se separaba de él sin ser consollado y aliviado. Rayaba aquello en milagro. Aquel santo hombre que había hecho voto de la más rígida pobreza, que se había prohibido á sí mismo, y había prohibido á sus Religiosos poseer cosa alguna, jamás dejó de tener lo bastante para aliviar á los desgraciados que acudían á él. Después de la comida de la Comunidad, él mismo distribuía á los pobres lo que quedaba; y, como le dijieran un día: «Padre General, ¿por qué no deja V. P. ese cuidado al Hermano Coadjutor? contestó: Los Hermanos han servido á la mesa, y han trabajado en la cocina; les toca comer ahora, mientras que toca trabajar á los que han comido». Apenas tocaban la campana en la portería, aparecía inmediatamente para ver si era algún pobre, y darle limosna. Con frecuencia no quedaba más que lo estrictamente necesario para la comida de los Padres y de los huéspedes; no dejaba de dar limosna, respondiendo á las observaciones: «Dios proveerá». Daba sus propios vestidos, los objetos de su uso, y hasta los muebles de la casa. Sus Padres, apurados por la pobreza, no podían contener sus quejas, y él les decía: «Dad, dad siempre, Dios proveerá; pero dad con alegría». Y en efecto, jamás, viviendo él, faltó lo necesario, manifestando él mismo la mayor alegría cuando tenía que dar. Quería que la puerta estuviera siempre abierta á los extranjeros y sobre todo á los sacerdotes que pedían hospitalidad. Estaba un día con el Santo el P. Angel Ricci, del Oratorio, cuando llegó un caballero á pedirle algún auxilio: le dió seis es-

(1) *Diliges Dominum Deum tuum ex todo corde tuo..... Diliges proximum tuum sicut te ipsum. (S. Math. XXII. 37. 39.)*



»cudos, los únicos que había entonces en casa, á pesar de todas  
 »las reclamaciones del Ecónomo y con no pequeño asombro del  
 »P. Ricci. En las mismas circunstancias llegó un hombre venera-  
 »ble, y José hizo vaciar la caja para él. «Era el único dinero que  
 »teníamos en casa, dijo el Ecónomo: el buen Padre no piensa: ya  
 »no nos queda nada, pero su felicidad está en poder dar». Algu-  
 »nos días después volvió el mismo anciano: «Ojalá fuera yo tan  
 »rico como San Gregorio el Grande para poder dar mucho, dijo  
 »José, y dió lo que pudo. Pero había ocasiones en que no había  
 »qué dar, y entonces estaba desconsolado, dispuesto á dar su  
 »mismo corazón. En tiempo de Urbano VIII, fué condenado á  
 »muerte y ejecutado un caballero, confiscándole todos los bie-  
 »nes: su viuda é hijos quedaban en la mayor miseria. No los  
 »abandonó el P. General, y durante algún tiempo les procuró el  
 »alimento de cada día, hasta que por orden del Papa se les de-  
 »volvieron los bienes. A otra pobre viuda le dió el alimento y  
 »hasta sus propios vestidos, para que los arreglase para su uso.  
 »A las jóvenes pobres les daba la dote para entrar Religiosas,  
 »repetiendo sin cesar: El que hace bien á los pobres, lo hace á  
 »Cristo, Dad y se os dará. (1) Varios jóvenes que estaban en la  
 »miseria recibieron del Santo algunas mercancías para vender-  
 »las por las calles para ganarse el pan de cada día, y algunos  
 »con los ahorros que hicieron, pudieron seguir el comercio por su  
 »cuenta. A otros les buscaba empleos según su clase, como es-  
 »cribientes, floristas, etc. Era todavía más generoso con las  
 »jóvenes expuestas por la miseria, proporcionándoles alimento,  
 »leña, trabajo que hacía vender después, hilo para tejer, cintas;  
 »en una palabra, todo lo que podían necesitar para ganarse  
 »honradamente la vida, y aun les daba buenas dotes para casar-  
 »se. Arrendó para un pobre anciano un cuarto vecino á San  
 »Pantaleón, le compró la cama, y le hacía servir la misma comi-  
 »da que á los Padres.» No hemos querido hacer un resumen de  
 esta declaración, que no es más que el compendio de todo lo que  
 hacía nuestro Santo y que puede resumirse en estas palabras de  
 otro testigo. «Conservaba para con los desgraciados tan pater-  
 »nal afecto, que hubiera dado su misma sangre, si se la hubieran  
 »pedido».

Muy superiores son las Obras de misericordia espirituales á  
 las corporales. Hemos visto cómo se entregó á ellas toda su  
 vida, desde su más tierna edad, cuando predicaba á sus infanti-  
 les compañeros, hasta su extrema vejez y hasta la muerte. ¿Será  
 necesario volver á contar su historia para referir todas las  
 obras espirituales en favor del prójimo? Citaremos solamente al-  
 gunos rasgos. Para instruir mejor á los hijos de las viudas de los  
 nobles que habían venido á parar en la miseria, los tenía todo  
 el tiempo en San Pantaleón. Un Sacerdote, Dn. Simoni lo de-  
 clara en estos términos. «Desde 1632 hasta 1634 me guardó en

(1) *Date: et dabitur vobis (San Lucas, VI 38).*

»San Pantaleón, dándome gratuitamente todo lo necesario para  
 »vivir, hasta el vestido, haciéndome estudiar después la gra-  
 »mática hasta la filosofía y aun la música. El mismo fué profe-  
 »sor en las dos casas de Roma. El testigo Jacinto Paracciani  
 dice: «Desde mi entrada en el Colegio Nazareno, tuve la felici-  
 »dad de tener á José por maestro de caligrafía, y sin embargo,  
 »era entonces Fundador y General de su Orden; agobiado por  
 »los años, comenzaba ya á temblarle la mano». Y el P. Alejos  
 Ardini dice: «Trabajaba por comunicar á los jóvenes buenas  
 »costumbres y piadosos sentimientos, haciéndolos asistir á los  
 »Oficios, y excitándolos á la devoción á la Santísima Virgen y  
 »á otros Santos». Con sus ejemplos y consejos estimulaba á sus  
 Religiosos á hacer por los niños lo que hacía él mismo, y los  
 movía, gracias al don que tenía de penetrar los corazones. «Du-  
 »rante las clases, dice el sacerdote Litrici, estaba con frecuencia  
 »en el extremo de los corredores por donde pasaban los estu-  
 »diantes, y desde allí lo observaba todo. Si daba alguno señales  
 »de malas costumbres ó de perversas intenciones, lo reprendía  
 »de tal manera que poco á poco lo conducía al amor de la vir-  
 »tud y del estudio». Cuenta el P. Francisco Teatino, que «fre-  
 »cuentemente estaba en la Sacristía, sin atender al rigor de la  
 »estación—y es un lugar frío, con poca luz y húmedo—pregun-  
 »tando á todos si necesitaban algo, levantándose siempre que se  
 »le hablaba, aunque fueran los más pobres, viejo y enfermo como  
 »estaba, y teniendo tan débiles las piernas. Oía las confesiones  
 »de cuantos se lo pedían, manifestándoles la más sincera y ama-  
 »ble caridad, especialmente á los ignorantes que no sabían con-  
 »fesar. No le desanimaban su ignorancia y grosería, siendo  
 »siempre igual su paciencia».

Hay todavía un grado de caridad más elevado á que pue-  
 den llegar muy pocos. Soportar los defectos del prójimo es gran  
 acto de misericordia: amar al enemigo, no como enemigo, sino  
 como hermano, como hijo del mismo Dios, no aborrecerle, no  
 excluirle de sus oraciones, estar decidido á manifestarle amor  
 especialísimo, si lo exige la necesidad, es acto de caridad obli-  
 gada, porque es mandamiento del Señor. Pero fuera de toda  
 necesidad, amar al enemigo por Dios es acto de caridad perfec-  
 ta: colmarle de beneficios y hacerle bien por mal, es señal de  
 consumada caridad. En el curso de esta historia hemos visto la  
 conducta de José para con sus enemigos: no parece que pueda  
 elevarse más. Dejando que recuerde el lector todo lo que hemos  
 dicho, reproduciremos algunas declaraciones de los testigos en  
 el proceso de la Beatificación.

Valmerana y otro habían sido excluidos de la profesión por  
 el P. General: para vengarse extendieron contra él y su Orden  
 las más negras calumnias. Aquellas almas viles no se avergon-  
 zaron de pedir hospitalidad durante muchas semanas en el Co-  
 legio de Moricón. Con muchísima razón dudaba en dársela el  
 P. Cananci, Superior de aquella Casa. «Ayúdeles V. R., le es-



»cribió el P. General el 26 de noviembre de 1624, mientras tenían necesidad, hasta la Natividad del Señor, porque me lo han pedido. «*Charitas Christi urget nos*, la caridad de Cristo nos estrecha.» (1) Hágalo por su amor, aunque nos hayan calumniado. Socórrales mientras pueda, aunque nos hayan vuelto mal por bien: lo exige así la caridad.»

Otro testigo declara: «No le faltaron hasta su muerte las persecuciones, las injurias y los disgustos. Le vinieron de sus propios hijos, de los Religiosos de otra Orden, y de los más altos Prelados. En las oraciones que se hacían en Comunidad añadía siempre: Oremos, hijos míos, oremos por todos los que nos hacen bien ó mal. Su amor al prójimo se extendía hasta los enemigos más encarnizados. Si estaban enfermos; iba á consolarlos; si les impedían soportar su mirada los remordimientos de su conciencia, los abrazaba y acariciaba, como si jamás le hubieran ofendido. Con facilidad perdonaba á todos, los colmaba de beneficios, y rogaba á Dios por ellos, asistiéndoles en las necesidades del cuerpo y del alma. Hablando del Asesor su adversario más poderoso, decía: Ese Prelado se hace con un amigo en la presencia de Dios: nunca dejo de rogar á Dios por él y por todos los que ejercitan mi paciencia. Tenía siempre en los labios estas palabras de San Pablo: *Vince in bono malum*. (2) Lo mismo decía de un Cardenal que lo trataba con mucha dureza. Cuando ruego por la salud de mi alma y por mi Orden, me acuerdo siempre del Señor Asesor, del P. Visitador, del P. Esteban; y Monseñor no dejará el cargo que tiene sin obtener la más alta dignidad.» Y los que acabamos de nombrar y Mario eran sus más terribles adversarios. Cumplióse su profecía en Mgr. Albizi, porque, contrariamente á la costumbre, no siendo el cargo de Asesor plaza cardenalicia, llegó á ser Cardenal aquel Prelado por los grandes servicios prestados á la Iglesia contra los Jansenistas. Ya hemos dicho cómo obligaba á sus Religiosos á orar por el P. Pietrasanta, después de su muerte, á pesar de todas sus repugnancias. En cuanto á la Orden Religiosa de que formaba parte el Visitador, no cesó de amarla, respetarla y estimarla nuestro Santo. Quería que hicieran lo mismo sus hijos, porque sabía que en toda reunión de hombres aun de los más perfectos, como sucedió entre los Apóstoles, podía haber hipócritas, incrédulos, y hasta un Judas. Con mayor razón amaba á los Hermanos del Visitador, que se habían declarado sus adversarios, y los excusaba, diciendo que los había engañado sin darse cuenta, ó que los había engañado el demonio, según la palabra de nuestro Señor. Satanás ha pedido zarandearos como trigo. (3) Tenía la costumbre de culpar al demonio de todo el mal que se le hacía, como atestigua

(1) Corint. V, 14.

(2) Romanos, XII. 21.

(3) *Ecce Satan expitavit vos, ut cribraret sicut triticum.* (Luc. XXII 31.)

en el proceso el Cardenal Cechini. Sólo á él atribuía el error involuntario de los que habían destruido su Orden. Lo confirma la declaración del Cardenal-Vicario Ginetti: Conservó para el P. Esteban amor de padre, no cesando de pedir para él el arrepentimiento y el perdón, hasta que lo obtuvo. ¡Pobre alma! ¡pobre alma!—Era su exclamación habitual, hablando de él,—que le perdona Dios el mal que nos ha hecho, y le conceda la gracia de reconocerse y arrepentirse. Encomendémoslo á Dios: es obra muy buena rogar por él y ganar su alma: ¡cuánto agrada esto á Dios! y decía estas palabras con tal sentimiento que nos enternecía á todos. Si alguien recordaba en su presencia el mal hecho á la Orden, respondía: ¡Qué absurdo y qué locura pararse siempre en las causas segundas, sin elevarse á la causa primera que es Dios! El P. Esteban nos ha proporcionado la gracia de conocer la voluntad de Dios, y debemos tener especial gratitud para con ese Dios tan bueno por el favor que nos dispensa, haciéndonos padecer en este mundo, y dejándonos rogar por el P. Esteban que ha sido su instrumento. De esta manera hablaba de todos sus enemigos delante de sus hijos.»

Siguiendo siempre el mismo pensamiento, escribía el 22 de septiembre de 1621. «Para hacer una copa digna de ser ofrecida á un gran personaje es necesario trabajarla á martillo: de la misma manera, en el servicio de Dios conviene sufrir con paciencia todo lo que se presenta, haciendo bien por mal con amor y mansedumbre». Y el 18 de agosto de 1622. «Me causa gran placer hacer bien á todos y especialmente á los que nos aborrecen». Y el 13 de marzo de 1633, á medida que aumentaban las persecuciones: «El remedio que nos enseñó Nuestro Señor Jesucristo para cuando fuéramos perseguidos, fué orar por los que nos persiguen y calumnian (1) como lo hacemos en esta ocasión.... Es necesario perdonar por amor de Dios, abrazar con buen corazón á todos los que nos contrarian, como lo quiere la ley de Cristo nuestro Maestro, y rogar por ellos.... Obrará santamente V. R., si vuelve bien por mal, no conservando ningún recuerdo de lo pasado». Y preguntamos: puede llevarse más lejos el heroísmo de la virtud?

#### PRUDENCIA, DISCRECIÓN Y JUSTICIA

Habría que volver á escribir toda esta vida para conocer hasta donde rayó la prudencia de nuestro Santo. Recuérdese su conducta de joven estudiante en Estadilla y Lérida, y sobre todo en Valencia, en donde supo librarse del más grande de los peligros sin comprometer el honor de nadie. Hecho ya hombre, ¡qué prudencia para vencer la opinión de su padre, sin desobedecerle nunca! Le hemos visto Vicario General, administrando

(1) *Benedicite maledicentibus vobis, et orate pro calumniantibus vos.* (San Luc. VI. 28).